

CUENTOS Y BALADAS

DEL NORTE DE EUROPA.

Teje la menor el lino,
La rica seda y el oro,
Y es de inocencia tesoro
Con rostro afable y divino.

Morena y áspera y fea
Y con envidia sin par
La mayor, solo en cuidar
De los rebaños se emplea.

Rindiendo allí la jornada
Los nobles—cosa es sabida—
Quedó la menor pedida
Y la mayor despreciada.

II

Ésta, despues, dijo á aquella,
De cariño haciendo alarde,
Con voz melosa una tarde:
—Mira qué tarde tan bella!

Vamos á dar un paseo
Del ronco mar á la orilla.
La rubia inquiere sencilla:
—¿Cuál es allí tu deseo?

—Que las dos nos parecemos

Oigo decir, cual estamos;
Pues si en el mar nos bañamos
Blancas al igual seremos.

—Aun cuando en él te lavarás
Noche y día sin salir
De sus ondas, corregir
Lo que hizo Dios no lograrás.

Ni aun cuando como el armiño
Quedase, al fin, tu semblante,
A darte fuera bastante
De mi adorado el cariño.

Van á la playa, contenta
Una y la otra enojada,
Y está la menor cansada
Y en un peñasco se sienta.

Deja que aquella cual fragua
Ardiendo en cólera, ruja;
Mas la morena la empuja
Y cae la rubia en el agua.

Las palmas alzando, en vano
Grita con voz lastimera:
—Para ganar la ribera
Tiéndeme, por Dios, la mano!

— Verás tu anhelo cumplido,
 Hermana, cual otras veces,
 Si en este trance me ofreces
 Cederme tu prometido.

— Cuanto tengo te daría
 Menos mi futuro esposo:
 Él con amarme es dichoso,
 Su voluntad no es la mía.

Mas te ofrezco, y no en olvido
 Lo echaré, pues que te adoro,
 Darte arracadas de oro,
 Buscarte apuesto marido.

La brisa del Sur, en tanto,
 Lleva el cuerpo mar adentro:
 Vedlo flotar en el centro
 Del estendido azul manto.

Bramando el Norte despues,
 Sobre las olas mecida
 Viene la rubia sin vida;
 Tocan la playa sus piés.

Mas sopla el Este á deshora
 Y amanece la difunta
 Inmóvil bajo la punta
 De una barca pescadora.

III

Por diferentes caminos
 Y de region extranjera,
 A la tranquila ribera
 Llegaron dos peregrinos.

Al ver el cadáver yerto
 Bajo el bote abandonado,
 Los dos se arrojan, y á nado
 Lo traen consigo al puerto.

Lo tienden, por mas desierta,
 En el arenosa escarpa,
 Y al punto forman un arpa
 Con los brazos de la muerta.

Y del uno al otro dellos,
 No bien armados de prisa,
 Ponen, de cuerdas á guisa,
 Los destrenzados cabellos.

— Vamos al hogar cercano,
 Puesto que boda hay en él,
 Dijo al ayudante fiel,
 Que era un jóven, el anciano.

Páranse junto á la puerta
Que, estando del mar enfrente,
Para dar paso á la gente
Quedado habia entreabierta.

Pulsan aquel arpa humana
Sin que una nota se pierda:
Claro la primera cuerda
Dice "La novia es mi hermana."

Oyendo este són estraño
La novia inquieta se puso;
Clamó con aire confuso:
"El arpa cáusame daño."

Obedeciendo al hechizo,
Sonó la cuerda segunda
Diciendo en nota profunda:
"Morir la novia me hizo."

Y sintiéndose subir
La sangre toda al semblante,
Gritó la novia al instante:
"No quiero música oír."

En armonioso compas
Tercera cuerda decia:
"¡Cuánto á la novia queria!

¡No me callaré jamás!"

Y entonces, ardiente llama
Quemándola el corazon,
Perdida ya la razon,
Púsose la novia en cama.

Mas, dando el arpa sentida
Nuevas y estridentes notas,
Quedaron sus cuerdas rotas
Y la culpable sin vida.

1861.

Marche - Strauss de Oro